

**Giraldo Castaño, Germán Hislen. *La colonización en la Orinoquía colombiana: Arauca (1900-1980)*. Bogotá: Ediciones Ántropos, 2006. 217 páginas.**

**Augusto Javier Gómez López**

*Profesor Asociado, Departamento de Antropología  
Universidad Nacional de Colombia*

Los estudios sobre el proceso colonizador en Colombia se clasifican en cuatro grandes modalidades: los relacionados con aspectos socioeconómicos en zonas de colonización reciente; los que analizan la explotación de los recursos naturales renovables y no renovables, impacto ambiental y legislación; los que involucran aspectos del impacto de la colonización en los territorios indígenas; y aquellos que hacen un enfoque histórico de esta versión de los conflictos agrarios como es la colonización.

Los correspondientes a esta última categoría son los más escasos. Los más representativos: el libro de James Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente colombiano*, y el destacado trabajo de Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Parte de este vacío es el que viene a llenar el libro de Germán H. Giraldo C. Podemos aventurarnos a decir que así como el conocimiento del fenómeno de la violencia requirió en un principio del salto de los estudios generales a los trabajos regionales y locales para poder desentrañar esa maraña de sangre que nos azota, lo mismo ha de suceder con los conflictos agrarios: debemos entender que la problemática social y económica que agobia las zonas de colonización está ligada de manera directa con conflictos de origen antiguo y reciente, fundamentalmente asociados a procesos migratorios que se adelantaron desde principios del siglo XX, y que los estudios históricos regionales deben contribuir a comprender dichos conflictos y a desentrañar soluciones diferenciadas por regiones y localidades.

La tesis principal que plantea el autor se resume así: la colonización es lo contrario a una reforma agraria... tiene por objeto no afectar los intereses agrarios de los grandes propietarios y los grupos tradicionales. Lo que se pretende con ella es desplazar el objetivo central de una reforma agraria real como es la distribución de la tierra, a la aplicación de medidas complementarias como el otorgamiento de terrenos baldíos en tierras marginales, adelantar una política de créditos a los colonos, y construir algunas carreteras, escuelas, y otras obras de infraestructura (p. 151). Así lo demuestra Germán Giraldo, al estudiar el caso de la colonización del piedemonte araucano, al cual procedió el gobierno colombiano a desplazar campesinos de las zonas del interior del país, después de la segunda mitad del siglo XX, y a través de instituciones como la Caja Agraria y el Incora. Dicha idea está respaldada en argumentos tomados de Lenin, según el cual, la colonización es:

(...) un proyecto para salvar a los terratenientes, para “apaciar” la insurrección campesina (...) mediante concesiones insignificantes que conservan lo principal en

manos de los terratenientes (...) es una burla a los campesinos, somete a éstos a los terratenientes y afianza la propiedad latifundista de la tierra (...) (p. 152).

Para comprobar tal idea, el autor divide el libro en cuatro grandes capítulos. El primero empieza con una descripción geográfica de la región araucana, continúa con una presentación de los procesos colonizadores que vivió la región hasta finales del siglo XIX, y la forma como operaba en ella la economía extractiva de las plumas de garza, actividad a la cual se oponían los grandes terratenientes y los agentes estatales de la región, ya que limitaba la estructura latifundista de la propiedad y el mantenimiento de la ganadería extensiva.

En el segundo capítulo se muestran las dificultades que tuvieron los proyectos de apertura de caminos en la región: el que conducía de la provincia de García Rovira a la población de Tame y el que comunicaba a Pamplona con el Sarare o el piedemonte llanero en la parte norte. En la apertura de estas vías de comunicación tenían especial interés los santandereanos, y los grandes terratenientes araucanos. A los primeros les permitía la explotación en las selvas del Sarare de productos tales como la tagua, la quina, el caucho, la zarzaparrilla, etc., con destino a los mercados internacionales. A los segundos les iba a permitir trasladar a través de ellos los ganados hasta Cúcuta, Bucaramanga y el oriente colombiano sin tener que hacer un costoso rodeo por Venezuela, y a su vez trasladar hasta allí “ladrones”, “vagos”, y campesinos pobres que se instalaban alrededor de sus hatos perjudicando su industria ganadera.

Esta es una de las partes más interesantes del trabajo. El autor muestra cómo esta región fronteriza estuvo mucho más integrada al vecino país y sufrió épocas de bonanza y recesión, ligadas a las coyunturas económicas venezolanas. El texto muestra la sucesión de fracasos que impidieron la culminación del camino del Sarare durante más de un siglo. La carretera, proyectada en la década de 1880, sólo vino a terminarse parcialmente en 1956. La mayor dificultad para su conclusión fue la violencia que afectó a los Llanos Orientales colombianos después del 9 de abril de 1948. Para el autor, la mayor dificultad que afronta la región es el aislamiento respecto de los circuitos comerciales, frente a lo cual se reclamaba persistentemente la construcción de vías de comunicación, factor que explica en gran medida la pobreza de la región y el sucesivo fracaso de los diferentes proyectos colonizadores del Estado colombiano.

Los siguientes capítulos de la obra se dedican a mostrar y analizar la colonización dirigida por la Caja Agraria entre 1959 y 1962, y la colonización orientada por el Incora desde 1962 hasta principios de los años 80, tiempo en el cual fue descubierto el pozo petrolífero de Caño Limón. En esta parte el autor muestra cómo tanto la colonización dirigida como la orientada resultaron ser un fracaso debido a la falta de asistencia técnica de estas instituciones para el cultivo del suelo, a la constante afluencia de campesinos de las zonas del interior que quedaban por fuera

de los planes organizados por el Estado, al arrasamiento del bosque nativo por parte de las compañías madereras y los mismos colonos, lo mismo que a la falta de vías de comunicación. Un aspecto destacable de esta parte es la descripción que hace el autor del desplazamiento de los colonos de la zona del Sarare hasta la zona de sabana y los consiguientes efectos que produjo dicha migración tanto en las comunidades indígenas como en el medio ambiente:

El colono pobre obligado a morar en una tierra extraña, sin posibilidades de obtener una parcela para residir y en una condición más precaria que la del minifundista, se veía forzado a disputarle al indígena una tierra selvática y malsana que no conocía; estaba obligado a utilizar irracionalmente el medio ambiente, se empleaba como peón en algunos fundos de antiguos terratenientes de la región de sabana y vivía en las áreas urbanas como desempleado o con esporádicas ocupaciones o tenía que refugiarse en los límites donde demoraría el avance colonizador (p. 184).

En total, de 1'082.000 de hectáreas de bosque primario que existían en el departamento de Arauca a mediados del siglo XX, quedaban en 1992 únicamente 372.000 hectáreas.

El libro se ha basado en una abundante información de primera mano: la Correspondencia Nacional de Baldíos y el Índice del Ministerio de Gobierno, que reposan en el Archivo General de la Nación; también se consultó en periódicos nacionales y locales, censos de población; informes oficiales de las diferentes entidades que han impulsado la colonización del Sarare, como la Caja de Crédito Agrario y el Incora, junto con algunas entrevistas a campesinos y funcionarios involucrados en estos procesos; y una abundante bibliografía de carácter secundario.

En esta medida, la obra constituye un aporte fundamental para la comprensión de la historia agraria y social regional. El trabajo elaborado por el investigador Giraldo llena un inmenso vacío acerca de una región que aún no hace parte del mapa espiritual de los colombianos. Nos enseña precisamente la importancia secular de esa misma región en el proceso general de estructuración de nuestra sociedad colombiana.